Miguel Ramos Carrión

ROBO EN DESPOBLADO

ROBO EN DESPOBLADO

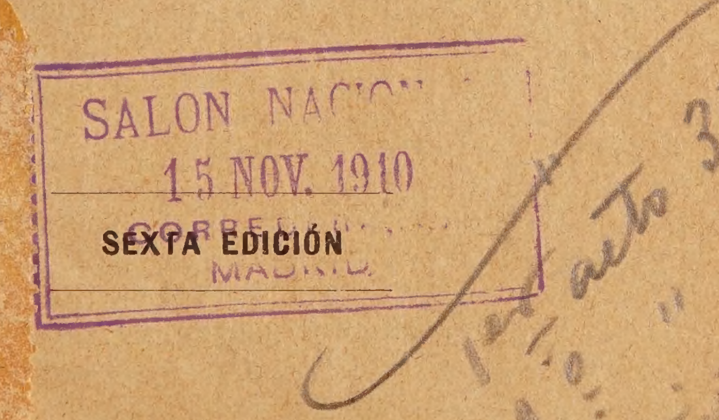
COMEDIA DE GRACIOSO

en dos actos y en prosa

ORIGINAL DE

Miguel Ramos Carrión y Vital Aza

Estrenada en el TEATRO LARA el día 8 de Abril de 1882, á beneficio del primer actor cómico **Don Antonio Riquelme**



SEXTA EDICIÓN

MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º
Telefono número 551

1904

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
DOÑA NIEVES............	Sra.	Valverde.
MATILDE..................		Alverá de Nestosa.
ENRIQUETA..............	Srta.	Rodríguez.
UNA CRIADA.............		Martínez.
DON BONIFACIO..........	Sr.	Zamacois.
PEPE.......................		Ruiz de Arana.
MANOLO...................		Rubio.
COLÁS.....................		Riquelme.

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO PRIMERO

Sala elegante. Puerta al foro y laterales. Mesa de centro. Armario en el foro izquierda

ESCENA PRIMERA

MATILDE y ENRIQUETA

MAT. ¡Enriqueta! (Saliendo por la primera puerta derecha.)

ENRIQ. ¡Matilde! (Saliendo por la primera izquierda.)

MAT. ¿En dónde está mamá?

ENRIQ. En la cocina.

MAT. ¿Y papá?

ENRIQ. En el gabinete.

MAT. No perdamos tiempo; es preciso tomar una determinación.

ENRIQ. Sí, sí; tomémosla.

MAT. Ya has oído á mamá; quiere que rompamos con nuestros novios... Lo cual es una tiranía.

ENRIQ. ¡Que yo no tolero!

MAT. ¡Ni yo!

ENRIQ. ¡Desairar á dos jóvenes tan simpáticos!

MAT. ¡Y tan guapos! Sobre todo, Manuel.

ENRIQ. No; sobre todo, Pepe.

MAT. Bien; sobre todo, los dos.

ENRIQ. ¿Y qué hacemos?

MAT. Para que cuando vengan hoy, si acaso

mamá les dice algo, estén prevenidos, conviene advertirles.

ENRIQ. Dices bien; ¿pero cómo?

MAT. ¿Viene alguien? (Miran las dos.)

ENRIQ. No.

MAT. Pues anda. Siéntate ahí... Nada importa que mamá quiera quitarnos todos los medios de comunicación; todo lo vence el amor..

ENRIQ. Sí; ó la *Pata de Cabra.*

MAT. Aquí tengo plumas, papel y tinta, que he cogido del despacho de papá. Mucha precaución. Toma y escribe á tu novio. (Dándole pluma y papel.) Yo escribiré al mío.—El mismo tintero nos servirá á las dos.—Vamos, date prisa y pon cerca la costura por si mamá viene. (Pone el tintero en la mesa del centro. Matilde y Enriqueta se sientan una á cada lado.) Anda, escribe.

ENRIQ. ¿Y qué le digo?

MAT. ¡Hija no se te ccurre nada! Ve escribiendo lo mismo que yo.—«Hoy cuatro de Octubre.»

ENRIQ. «De Octubre.»

MAT. «Queridísimo Manuel...»

ENRIQ. «Queridísimo Manuel.»

MAT. Pero no pongas Manuel; pon Pepe, que es el nombre del tuyo.

ENRIQ. ¡Como dices que escriba lo mismo que tú!... Bueno. Lo tacharé... Ya está Pepe encima de Manuel.

MAT. «Mamá no quiere que yo te quiera.»

ENRIQ «Que yo te quiera.»

MAT. «Pero yo te querré, aunque ella no quiera.»

ENRIQ. «Aunque ella no quiera.»—Mucho querer me parece.

MAT. No importa; las cartas cuanto más cariñosas, mejor.—«¡Ay, Manuel!» Tú: «¡Ay, Pepe!»

ENRIQ Oye; ¿cómo se escribe ay?

MAT. Mujer, con *h*. ¡Qué preguntas tienes!—«Manuel de mi vida!»

ENRIQ. «¡Pepe de mi vida!»

MAT. Aguarda, siento ruido. (Va á la puerta del lado contrario á donde está.)

ENRIQ. «Aguarda, siento ruido.» (*Escribiendo.*)

MAT. Pero, Enriqueta...

ENRIQ. ¡Ay! Sí. Creí que me dictabas.

MAT. Vé si viene alguien por allí. (*Enriqueta va á la parte opuesta.*)

ENRIQ. No viene nadie.

MAT. Pues sigamos. (*Al sentarse truecan los sitios. Leen las dos.*)

LAS DOS «Pepe, Manuel de mi vida...»

MAT. Hemos cambiado de sitio. Toma. (*Devolviéndose las cartas.*) ¡Jesús! ¡Qué intranquilidad! Sigamos.—Punto y aparte.—No escribas esto.

ENRIQ. Bueno.

MAT. «Tengo confianza en tí.»

ENRIQ. «En tí.»

MAT. «Y si sigues con ese...»

ENRIQ. ¡Mujer! ¡No tanto! Ya sé que sigues se escribe con *s*.

MAT. ¡Qué torpeza! «Si sigues con ese amor...»

ENRIQ. ¡Ah! «Con ese amor...» (*Escribiendo.*)

MAT. «Que tantas veces me has jurado.. »

ENRIQ. «Ado...»

MAT. «También yo puedo...

ENRIQ. «Edo...»

MAT. «Jurar que te he querido...»

ENRIQ. «Ido...»

MAT. ¡Ay! ¡Mamá viene! ¡Esconde eso!... ¡Que no lo vea! ¡Ay! ¡El tintero! (*Se lo guarda en el bolsillo. Enriqueta se pone á bordar, dejando sobre el velador la pluma.*)

ESCENA

DICHAS, DOÑA NIEVES

NIEV. (¡Nada; decididamente no podemos continuar así!...)

ENRIQ. Dí, Matilde; ¿cómo se pone el dobladillo?

MAT. Con *b*: digo, encima del entredós. ¡Ay, mamá! Mira, mira qué adelantado llevo ya el bordado del tafetán...

NIEV. ¡Sí; buena está la magdalena para tafetanes! ¿Qué es esto? (*Reparando en la pluma.*)

MAT. ¿Eso? Pues... es una pluma.

NIEV. ¿Y para qué es esta pluma?... ¡Vamos á ver!

MAT. Para dibujar unas flores.

NIEV. ¿Con tinta, eh?

MAT. Si es tinta de marcar.

NIEV. Yo sí que voy á marcarte para que te acuerdes...

MAT. Pero, mamá...

NIEV. ¡Silencio! ¡A mí no se me engaña!

MAT. Si yo...

NIEV. ¡Ya le he dicho á usted que se calle!

MAT. (¡Malo! ¡Me trata de usted!)

NIEV. ¡Esto prueba que se escriben cartitas en secreto! ..

MAT. No, señora; no es eso. ¿Verdad, Enriqueta?

ENRIQ. No, mamá; no es eso.

NIEV. ¿También lo niegas tú? ¡Miren la mosquita muerta! Si ya lo he dicho: esos dos monigotes las levantan de cascos; ¡pero yo lo arreglaré todo!—¡A mí no se me interrumpe!

MAT. ¡Mamá, si no decimos nada!

NIEV. ¡Silencio! Yo no tolero un día más esos ridículos amores; y para cortar de raíz el abuso de que tales mequetrefes continúen sus impertinentes visitas, contra mi voluntad y contra mi gusto, hoy mismo saldremos de Madrid.

ENRIQ. ¡Ay, Dios mío!

MAT. ¿Y á dónde vamos, mamá?

NIEV. Al extranjero.

MAT. ¡Santo Dios! (Saca el pañuelo manchado de tinta y se lo guarda precipitadamente.)

NIEV. (Conviene que no sepan á donde vamos.) Hoy mismo, sí, señor; hoy mismo. Acabo de decirlo; y ya sabéis lo que yo soy cuando tomo una determinación. ¡Conque á disponer vuestros equipajes, y que no falte nada.

MAT. Pero, mamá; tan pronto...

NIEV. Ahora mismo. Esta noche nos vamos. ¡A ver como arreglais el mundo!

MAT. (¡El mundo! ¡Ay, si yo pudiera arreglarlo á mi gusto!) (Vanse las dos niñas por la izquierda.)

ESCENA III

DOÑA NIEVES y luego DON BONIFACIO

NIEV. (Sacando ropa del armario.) ¡Pues no faltaba más! Una temporadita de campo las curará radicalmente.

BONIF. (Que entra leyendo un periódico.) Es horrible, horrible. No pasa día sin que los periódicos anuncien un secuestro, un asalto de tren ó un robo en despoblado. Está visto; en España sólo se puede vivir en las poblaciones, sobre todo en Madrid. Aquí, no llevando reloj ni dinero en los bolsillos para que no los roben en la calle; yendo con mucho ojo para no ser víctimas de algún *timo*, y viviendo en un piso tercero para no estar expuesto á un escalo, la seguridad individual está completamente asegurada. ¡Pero el que tenga que vivir en el campo, está divertido!

NIEV. ¡Hola! ¡Eres tú! ¡Siempre con los periódicos á vueltas, enterándote de lo que no te importa! (Quitándole violentamente el periódico, que arroja sobre la mesa.)

BONIF. (¡Malo; mi mujer está nerviosa! Tempestad barrunto; saldré de casa con paraguas.)

NIEV. Bien podías ayudarme.

BONIF. ¿A qué?

NIEV. A sacar esta ropa. ¿No me estás viendo?

BONIF. (Lo dicho; no hay barómetro más seguro. Esta mujer hubiera sido una adquisición para cualquier astrónomo.)

NIEV. Quítate de ahí, que no me haces falta.

BONIF. (Cogiendo el sombrero y el paraguas, que tiene en un rincón.) Me alegro; vaya, abur. Voy á dar un paseíto.

NIEV. Ven acá, que tenemos que hablar.

BONIF. (Vamos, sí, que tenemos que reñir.) (Deja el sombrero y el paraguas sobre la mesa de centro.)

NIEV. ¿Qué opinas tú de los novios de las niñas?

BONIF. ¿Quién, yo? Pues te diré... ¿Qué opinas tú de ellos?

NIEV. Pregunto tu parecer.

BONIF. Pues me parecen... dos buenos chicos.

NIEV. Dos títeres.

BONIF. Justo, tienes razón: dos títeres.

NIEV. ¡Pero, hombre, que nunca has de tener opinión propia!...

BONIF. No, lo que es eso... sí que la tengo.

NIEV. No, señor; no la tienes.

BONIF. Es verdad no tengo opinión propia.

NIEV. ¡Bonifacio, eres insoportable!

BONIF. ¡Nieves, no te acalores! (¡Cuánta electricidad debe de haber en la atmósfera!)

NIEV. Vamos á ver. Es indiscutible que los amores de las chicas no son convenientes. ¿Qué debemos hacer? ¿Qué resolución debemos tomar?

BONIF. ¡Pts!...

NIEV. ¡Y qué es eso de *pts*!

BONIF. Pues *pts*..., quiere decir... lo que á ti te parezca.

NIEV. A mí me parece que no debemos tolerar por más tiempo á tales advenedizos. Porque, ¿qué son esos jóvenes? ¿En qué se ocupan? ¿Cuáles son sus bienes de fortuna? ¡Contesta, hombre!

BONIF. ¿Pero, mujer, yo qué sé? Tú los conoces mejor que yo.

NIEV. Los conozco lo mismo. Sólo hace mes y medio que los tratamos.

BONIF. ¿Y para qué les ofreciste la casa?

NIEV. Por cortesía. Ya sabes lo que ocurrió. Que entré con las niñas en el café del Siglo; que ellos estaban en la mesa de al lado; que voy á pagar y me encuentro sin dinero, y que ellos, al observar mi compromiso, se apresuran á pagar al mozo lo que habíamos tomado; tres arlequines de mantecado y fresa, total seis reales. Se acercaron, salimos, vinieron con nosotras, les ofrecí la casa; al día siguiente nos hicieron la visita de cumplido, y desde entonces ni un sólo día han dejado de venir. Y esto sería lo de menos, si las chicas no les hubieran hecho caso; pero ese par de tontas se ha enamorado de ellos.

¡Y esto no puede seguir así! ¿A dónde vamos á parar?

BONIF. ¡A donde tú quieras!

NIEV. Fuera de Madrid. Ya he dicho á las niñas que esta misma tarde salimos para el extranjero.

BONIF. ¿Sí? ¡Aprobado! Me parece muy bien. Pasaremos en el extranjero una temporada. ¡Así como así, en España no se puede vivir!

NIEV. ¡No has de comprenderme nunca! ¿A qué vamos á ir al extranjero?

BONIF. ¿A qué? A eso: á lo que tú has dicho. Conste que yo no lo he propuesto.

NIEV. Como el único objeto es alejar á nuestras hijas de sus pretendientes, basta para ello que pasemos una temporadita en el campo.

BONIF. (¡María Santísima!) El campo... precisamente ahora... cuando va á entrar el invierno...

NIEV. Es inútil que pongas mala cara, porque lo tengo decidido.

BONIF. ¿Mala cara? ¡Quiá! Todo lo contrario: á mal tiempo buena cara. Pues poquito que me gusta á mí en esta época, que es cuando el campo está más hermoso... (¡y más húmedo!)

NIEV. No he querido decirte nada hasta tenerlo todo dispuesto. Hoy mismo salimos de Madrid; esta noche dormiremos en el campo.

BONIF. ¡Dormir á la intemperie!...

NIEV. No, hombre; en la casa de campo.

BONIF. Pero, mujer, si en la Casa de campo sólo se puede entrar con papeleta, y á dormir no creo que nos permitan...

NIEV ¡Bonifacio, no seas imbécil! La casa de que te hablo es la que tienen inmediata al barrio del Pacífico mis amigas las de Tabladillo. Como ellas, cuando se marcharon á sus posesiones de Andalucía, la dejaron amueblada por completo, me ha parecido una buena proporción, y hoy la he alquilado por dos meses, teniendo ya las llaves en mi poder. Es una posesión preciosa y completamente aislada.

BONIF. ¿Aislada? ¡Malo!

NIEV. ¿Por qué es malo?

BONIF. Porque ya sabes la clase de gente que hay en los alrededores de Madrid, y es muy posible que cualquiera noche os den un susto.

NIEV. Y á tí no, ¿verdad?

BONIF. No; á mí no me cogería de susto. Un robo ó un secuestro me parecería la cosa más natural.

NIEV. Tranquilízate. Ya he tomado mis medidas para evitarlo, porque conozco tu inutilidad en todos los terrenos.

BONIF. Mujer, no tanto: dirás en casi todos.

NIEV. Ya he pedido á mi primo, el de Getafe, que nos envíe hoy mismo un criado de toda su confianza y de valor acreditado.

BONIF. Eso me parece muy oportuno.

NIEV. ¡Ay! Si no fuera por mí, ¿cómo vivirías, Bonifacio?

BONIF. (Muy alegre.) (¡Ay, qué bien viviría!)

NIEV. Conque ya lo sabes. Se acerca la hora de la visita de esos caballeritos; es necesario que tengas con ellos una conferencia diciéndoles nuestra determinación, y que renuncien á sus pretensiones, porque de lo contrario te verás en el caso de despedirlos á puntapiés.

BONIF ¡A puntapiés!...

NIEV. ¡Sí! Se lo dices con mucha cortesía. No quita lo cortés á lo valiente.

BONIF. Pero, Nieves, no sería mejor que tú misma.. Una señora infunde más respeto...

NIEV. Bonifacio, no empecemos; he dicho que tú, y tú has de ser.

BONIF. Bueno, mujer, bueno.

NIEV. Ya sabes: les dices que hoy mismo nos marchamos.

BONIF. Sí, sí, al pacífico barrio del Pacífico.

NIEV. No, hombre; al extranjero. Es preciso que ignoren á dónde vamos, para que no nos sigan.

BONIF. Está bien.

NIEV. Si lo toman á mal, les devuelves los seis reales que les debo.

BONIF. Pero, mujer. .

NIEV. Bueno; pues dales dos pesetas; que no digan

que somos mezquinos... A las cinco es la marcha. Dispón lo que necesites. Yo voy aquí cerca á comprar el tren...

BONIF. ¡A comprar un tren!...

NIEV. ¡Un tren de cocina, estúpido! (Vase por el foro.)

ESCENA IV

DON BONIFACIO, luego la CRIADA

BONIF. Lo dicho: la atmósfera está muy cargada. Casi tan cargada como yo. *El Liberal* no se ha equivocado en su pronóstico. «Se aproxima un ciclón de Noruega.» Ahí está el ciclón; ya lo tengo en casa.

CRIADA ¡Señor!...

BONIF. ¿Qué ocurre?

CRIADA Aquí está uno que pregunta por usted.

BONIF. ¿Y quién es?

CRIADA Pues es uno.

BONIF. Quedo enterado.

CRIADA Dice que viene de Getafe.

BONIF. Vamos: el nuevo criado. Que entre.

CRIADA Por aquí; pase usted. (Vase la Criada.)

ESCENA V

DON BONIFACIO, COLÁS

COLAS Pa servir á ustés. Muy buenas tardes... ¿Hay premiso?

BONIF. Adelante, hombre, adelante.

COLAS Pus yo soy el de Getafe.

BONIF. Ya, ya me lo había figurado.

COLAS El señor Telesforo, esta mañana, me dijo, dice: Anda, veste á Madrid con esta esquela y preséntate en cá don Bonifacio Merino.

BONIF. Servidor.

COLAS Por muchos años. (Dándole la carta.) Que nesecita un criao de toa su confianza; que sea honrao y que tenga mucha hombría de

bien... Y aquí me tié usté pa servirle en lo que se le ofrezga.

BONIF. (Después de leer la carta.) Está bien. Los informes son excelentes. Eres lo que yo necesito: un hombre de valor, que cuando llegue el caso sepa defender la integridad del domicilio.

COLAS ¡Jé, jé! ¿Y qué es eso?

BONIF. Hombre, la integridad del domicilio, es... la inviolabilidad del hogar doméstico.

COLAS ¡Jé, jé! ¡Pus tampoco sé lo que es eso!

BONIF. Ni hace falta. Me basta saber que has dado en varias ocasiones pruebas de verdadero valor.

COLAS ¡Anda!... ¡Anda!... ¡Pus ya lo creo! Lo que es á valiente, no hay naide que me gane. En fin, con decirle á usté que en el pueblo me llaman *Mil hombres*...

BONIF. (Muchos hombres me parecen.)

COLAS Que pregunten en tóo el pueblo quién es el hijo de la tía Peregila. Porque á mi madre la llaman la tía Peregila, ¿sabe usté?

BONIF. No lo sabía, pero es igual.

COLAS Bueno; pus que pregunten, que pregunten. En fin, si seré yo arrojao pa tóo, que estuve pa dir á presidio.

BONIF. ¿Eh? (Asustado.)

COLAS No, y no crea usté; tóo ello fué por náa. Cosas del alcalde. El no quería que saliera deputao don Rafaelito, el sobrino del boticario, y los otros querían: y ya ve usté; cuando una autoriá quiere una cosa, no hay más que obedecer, que pa eso es autoriá. En fin, que yo y unos cuantos nos metimos en las mesas, como ellos decían, y palo aquí, palo allá... no quedó ni uno de los contrarios; vamos, que ganamos nosotros.

BONIF. ¿Y salió el diputado?

COLAS ¡Pus ya lo creo que salió!... ¡Escapao del pueblo! Y gracias á que el alcalde es muy querío de tóos y se agarra á buenas aldabas, que si no... Como que nos mandan á presidio...

BONIF. ¡Pues eso quiero yo!

COLAS ¿Que me manden á presidio?. .

BONIF. No, hombre; que seas decidido y resuelto. Anda, vé á la cocina y que te den un trago.

COLAS Pus que haiga salú y diquiá luego, y exprisiones á la familia. (Vase.)

BONIF. Gracias. El apodo de este hombre tranquiliza á cualquiera. ¡*Mil hombres*! ¡Quién se atreve á robarnos sabiendo que tengo á mil hombres en casa!... ¡Es decir, un batallón! Creo que han llamado... Sí, son los novios de las chicas. Decididamente, ahora mismo les digo que no vuelvan por aquí. . Pero, no; luego se lo diré... ¡Estas cosas son muy delicadas, muy delicadas!... (Vase por la derecha.)

ESCENA VI

MANOLO y PEPE

PEPE Que no se molesten: somos de confianza. . Pasa, Manolo.

MAN. Pero, hombre, acaso vengamos á molestar...

PEPE Nosotros no molestamos nunca. Siéntate, Manolo.

MAN. ¡Eso es; pasa, Manolo; siéntate, Manolo!— Quien te oiga creerá que eres el dueño de la casa.

PEPE No tanto; pero estoy en camino, y tú también.

MAN. Siempre nos quedaremos en el camino.

PEPE Esa timidez te perjudica: esa cortedad te pierde. En el mundo es preciso tener osadía, mucha osadía. ¿No me ves á mí?—Dame un cigarro, Manolo.

MAN. No tengo más que uno.

PEPE Me basta por ahora. (Tomándolo.) Pues, sí, es preciso que no seas tan apocado.

MAN. Pero, hombre, si lo que á mí me cohibe es la cara de la madre.

PEPE ¿Y para qué miras la cara de la madre? Yo no miro más que la de la hija.

MAN. ¿Tú no has reparado hace algunos días la

sequedad con que nos recibe? ¿El gesto que pone siempre que nos ve?

PEPE ¡Yo no reparo en esas cosas!

MAN. Pues estoy temiendo que nos van á poner de patitas en la calle.

PEPE ¿Y por qué? ¿Porque estamos enamorados de sus hijas?

MAN. No: porque no tenemos dinero.

PEPE ¿Y acaso el no tenerlo es culpa nuestra? Más que ella lo sentimos nosotros.

MAN. Desengáñate, Pepe; es un sueño el pensar en casarnos con dos muchachas que están en tan buena posición. Ellas desde luego accederían, pero sus padres han de oponerse. ¡Por qué son ricas, Dios mío!

PEPE ¡No! ¿Por qué no son más ricas? Esto es lo que debemos lamentar. Y después de todo, Manolo, un poco de dignidad. No somos dos perdidos; somos... dos desdichados. Nuestro presente no puede ser más negro... pero el porvenir es de color de rosa. Si por ahora no nos pagan en el periódico donde yo escribo la gacetilla y tú traduces el folletín y el correo extranjero, día llegará en que vengan los nuestros, en que el periódico sea ministerial, y entonces... ¡figúrate tú!... nos harán lo menos... jefes de negociado en cualquier ministerio ó secretarios de algún gobierno de provincia.

MAN. Sí, ó gobernadores.

PEPE Bueno, ó gobernadores; como tú quieras. Esto es lo que debemos hacer que entienda esta familia, porque hasta ahora no lo ha comprendido.

MAN. Lo que ha comprendido es que no tenemos un cuarto.

PEPE Eso lo comprende cualquiera; pero en cambio no tenemos ningún vicio...

MAN. Buenos estamos para sostener vicios. .

PEPE Lo cierto es que, dada nuestra situación, no lo pasamos tan mal. Vestimos como es debido...

MAN. Como que debemos lo que vestimos.

PEPE Comemos hoy aquí, mañana allí: es decir,

aquí no hemos comido todavía, pero ya comeremos.

MAN. Como no comamos hasta entonces...

PEPE ¡Y en cuanto á domicilio, creo que no puedes quejarte: vivimos lo más aristocráticamente posible! En el campo, un precioso chalet, decorado con lujo, amueblado con elegancia, con camas de colgaduras... ¡Cuándo has pensado tú en tener colgaduras en tu cama!... Pues todo esto lo disfrutas gracias á mi ingenio.

MAN. Dí gracias á nuestra desvergüenza, porque lo que estamos haciendo es un abuso de confianza.

PEPE ¡Dale con la timidez! ¿Todo ello qué tiene de particular? Los propietarios son amigos nuestros; sabemos que están fuera, que han dejado al cuidado de la casa á un jardinero filantrópico, que por medio duro mensual nos deja dormir allí todas las noches...

MAN. Sí, pero recuerda lo que ayer nos dijo el jardinero filantrópico.

PEPE Que era posible que se alquilara la casa á una familia de Madrid, que tal vez él fuera despedido si la tal familia tiene otros criados, y que, en ese caso, nos avisaría oportunamente.

MAN. Es decir, que estamos próximos á no tener ni dónde dormir.

PEPE Pero en tanto que eso suceda, nuestros cuerpos reposan todas las noches blandamente sobre los muelles colchones de los señores de Tabladillo.

MAN. Sí; lo que es dormir, sí que dormimos bien... Pero, ¿qué dirían esos señores si supieran que hemos asaltado su morada?

PEPE Hombre, recuerda que repetidas veces nos han dicho:—«Aquí tienen ustedes su casa; pueden venir cuando gusten.» ¡Y nosotros aprovechamos el ofrecimiento. Pero no hablemos de cosas tristes, y pensemos sólo en que aquí, en esta casa, viven los dos seres por quienes suspiramos: las dos muchachas más lindas de Madrid, á quienes queremos

con alma y vida, por quienes somos capaces de hacer toda clase de sacrificios; y pensemos que con ellas está nuestra fortuna. El día, que acaso no sea muy remoto, en que Matilde sea la señora de García y Enriqueta la señora de Fernández, habrán acabado nuestras desdichas, y podremos decir con orgullo: «Esta casa es nuestra, estos muebles son nuestros; todo será nuestro.» Y tanta fortuna será el rédito de seis miserables reales. Debemos nuestro amor á esa insignificante cantidad.

MAN. No; á quien se lo debemos todo es al camarero del café.

PEPE Claro; se lo debemos porque en aquella ocasión no teníamos seis reales: no todos los hombres son dueños de seis reales en todas las ocasiones de la vida. Pero tiempo llegará en que se lo paguemos con creces. No lo dudes, Manolo, se me ha metido entre ceja y ceja que hemos de llegar á ser dos personas de importancia.

MAN. ¡Puede!

PEPE Podrá. Y esto es lo que á todo trance haremos que comprenda doña Nieves, para que nos trate con la consideración que merecemos. ¡Nada, chico, no te achiques! (Tose don Bonifacio.)

MAN. Ahí viene don Bonifacio.

PEPE ¡Buena persona! Ven aquí. (Haciéndole sentarse á su lado y de espaldas á la puerta por donde sale don Bonifacio.) Ahora verás.

ESCENA VII

DICHOS y BONIFACIO

BONIF. (Decididamente, les digo que se larguen.)

PEPE ¡Lo dicho, no haré jamás traición á mis principios políticos! ¡Aunque el gobierno se empeñe, no conseguirá que yo acepte ese destino!

BONIF. ¿Eh? (Volviendo á la puerta, donde se queda escuchando.)

MAN. (¿Qué destino?)

PEPE (¡Calla, hombre!) ¡No faltaba más! ¡Cometer yo semejante inconsecuencia por una secretaría de embajada!

MAN. (¡Echa, echa!)

BONIF. (¡Una secretaría! ¿Qué dice este chico?)

PEPE Créeme, Manolo; los hombres como nosotros se deben á sus ideas; han de ser independientes...

MAN. Mucho que sí.

PEPE ¿Necesitamos, por ventura, de la protección de nadie?

MAN. De ninguna manera.

PEPE ¿Hemos perdido, acaso, la importancia entre los nuestros?

MAN. De ninguna manera.

PEPE ¿No vivimos perfectamente?...

MAN. De ninguna manera.

PEPE (¡Pero hombre!)

MAN. Digo que de ninguna manera... debes aceptar esa secretaría de embajada.

PEPE Pues es claro. ¡A mí que no me vengan con embajadas!

BONIF. (¡Le parece poco!)

PEPE Ante todo, consecuencia.

MAN. Eso, eso; mucha consecuencia... (y poco dinero.)

BONIF. (Pues, señor, estos chicos no son tan malas proporciones.) ¡Hola, pollos! (Muy amable.)

PEPE ¡Oh, señor don Bonifacio!

BONIF. Perdonen ustedes que les haya hecho esperar, pero...

PEPE ¡Calle usted, por Dios! No faltaba más sino que entre nosotros hubiera cumplidos y ceremonias.

BONIF. Siéntense ustedes, siéntense ustedes.

PEPE Sentémonos.—Siéntate, Manolo. (Se sientan. Pausa corta.)

BONIF. Un cigarrito. (Ofreciéndoles. Toma un cigarro cada uno.)

PEPE Gracias.

MAN. Gracias.

PEPE Saca fósforos, Manolo.

BONIF. No se moleste usted, yo tengo. (Enciende. Pausa corta.)

PEPE ¿Conque usted siempre tan bueno?

BONIF. Sí, señor; no ando mal.

PEPE ¿Y la señora? ¿Sin novedad?

BONIF. Sí, señor; *como siempre.*

PEPE (Este está de la señora hasta aquí.)

MAN. ¿Y Enriqueta y Matilde, han salido?

BONIF. No, señor; pronto vendrán; no sean ustedes impacientes. (Con cariño.)

PEPE (Ya hizo efecto la secretaría.) ¡Ah, señor don Bonifacio!... Ahora que no están ellas delante. ¡qué hijas tiene usted!... ¿Verdad, Manolo? Es poco cuanto se diga de ellas.

MAN. Sí; es poco.

PEPE ¡Qué candor y qué sencillez!

MAN. ¡Qué sencillez y qué candor!

PEPE ¡Y qué educación tan esmerada!

MAN. ¡Oh, lo que es la educación!..

BONIF. Ustedes las favorecen.

PEPE Es justicia.

MAN. Justicia nada más.

PEPE Crea usted, señor don Bonifacio, que el llevar nuestras relaciones á su término natural será una honra para nosotros.

BONIF. No, el honrado seré yo.

PEPE De ninguna manera; los honrados seremos nosotros.

BONIF. No, señor; yo.

PEPE No, señor; nosotros.

BONIF. Bueno, pues todos somos muy honrados.

PEPE Comprendo que usted, en su brillante posición (sabremos lo que tiene), desearía para sus hijas lo que quizás nosotros no podamos ofrecerles por ahora. Porque un hombre como usted, con una renta de diez mil duros...

BONIF. No, no tanto...

PEPE Bueno, ó de tres mil...

BONIF. Algo más: sobre setenta mil reales...

PEPE (¡Sobre setenta mil!) Bien, es lo mismo; una renta segura y positiva.

BONIF. Eso sí. Antes la tenía empapelada...

PEPE ¿Cómo?

BONIF. En papel del Estado; pero ahora la he asegurado más.

PEPE Muy bien hecho. Ante todo, afianzar el capital, esa poderosa palanca de los tiempos modernos, elemento civilizador de todos los países, piedra de toque de todas las aspiraciones y fuente de todas las clases sociales.

MAN. (¡Bien!)

BONIF. (¡Es elocuente; se ve al político!)

PEPE Nosotros, desgraciadamente, no contamos *todavía* con un capital.

BONIF. Pero cuentan ustedes con otras condiciones no menos apreciables.

PEPE Muchas gracias.

BONIF. Y si usted me lo permite, voy á darle un consejo.

PEPE Usté dirá.

BONIF. No sea usted tonto.

PEPE ¿Eh?

BONIF. Acepte usted.

PEPE ¿Yo?

BONIF. Sí, hombre, sí; acepte usted.

PEPE ¿El qué?

BONIF. La secretaría de la embajada.

PEPE (¡Ah!) Don Bonifacio, usted no me conoce. (Levantándose.)

MAN. Usted no le conoce, don Bonifacio.

BONIF. Pues, hombre, yo, en su caso...

PEPE Nada; no me exija usted esa bajeza.

BONIF. Usted dispense; pero yo creí que el aceptar un puesto tan alto no era nunca una bajeza.

PEPE Mi consecuencia política lo rechaza. Así se lo he dicho al ministro. Y, sobre todo, con esperar nada perdemos. ¿Verdad, Manolo?

MAN. Claro. (Como que no tenemos nada que perder.)

PEPE Si fuera con otra situación...

BONIF. Lo comprendo. Ustedes se juzgan en aptitud para desempeñar más altos puestos...

PEPE Sí, señor; estamos en aptitud para desempeñarlo todo (menos la ropa). En cuanto vengan los nuestros...

MAN. ¡Justo, los nuestros!

BONIF. ¿Y cuales son los de ustedes? Porque como ahora hay tantos...

PEPE Pues los nuestros son... los de mi tío.

BONIF. ¡Ya! ¿Conque los de su tío de usted? (¿Quién será ese tío?)

PEPE Un político eminente... Pérez.

BONIF. ¿Pérez?

MAN. ¡Pérez!

BONIF. ¡Ah, sí! ¡Pérez! (¿Qué Pérez será ese?)

PEPE La persona indicada para ocupar la Dirección de Beneficencia y Sanidad. Un gran médico.

BONIF. ¿Médico de la Armada?

PEPE (Con misterio.) No, señor; de la que se va á armar.

BONIF. Pues celebraré que triunfe su tío político.

PEPE No; si es tío carnal.

BONIF. Bueno; que triunfe la política de su tío carnal.

ESCENA VIII

DICHOS, MATILDE y ENRIQUETA

PEPE (¡Ah, ellas!)

MAN. ¡Matilde!

PEPE ¡Enriqueta!

MAT. ¿Cómo está usted?

MAN. Bien, gracias.

MAT. ¿Y usted, Pepe?

PEPE Bien, gracias.

MAN. ¿Y usted, Enriqueta?

ENRIQ Bien, gracias.

MAT. (A Manolo.) (¿Por qué has tardado tanto?)

ENRIQ. (A Pepe.) (Tengo que hablarte.)

BONIF. Siéntense ustedes. (Se sientan á un lado Enriqueta y Pepe y á otro Matilde y Manolo. En medio y algo separado de ambos grupos, don Bonifacio.) (Les dejaré un momento de expansión. Los papeles son el recurso de los padres que necesitan hacer estos papeles.) (Se pone á leer un periódico.)

PEPE (¿Tu mamá anda por ahí?)

ENRIQ. (No; ha salido.) (Se acercan más.)

MAN. (¿Anda por ahí tu mamá?)

MAT. (No; ha ido de compras.) (El mismo juego.)

BONIF. (Yo creo que mi mujer disculpará esta tolerancia cuando sepa las circunstancias de estos jóvenes, que antes ignorábamos. Me parece que no sería prudente echar á la calle á dos muchachos de porvenir y que pueden llegar á ser algún día... ¡Quién sabe lo que pueden llegar á ser!)

MAN. (Siempre á media voz.) Es posible.

MAT. Esta misma noche. Pero no temas: la ausencia no disminuirá mi cariño.

MAN. ¿Me escribirás todos los días?

MAT. Todos.

ENRIQ. Ha llegado el caso de que me pruebes la firmeza de tu amor.

PEPE Habla y dispón de tu Pepe.

ENRIQ. ¿Serás capaz de seguirme, vaya donde vaya?

PEPE Te seguiré hasta el fin del mundo.

ENRIQ Pues bien; mamá ha dispuesto que esta noche nos marchemos de Madrid.

PEPE ¿A dónde?

ENRIQ. Al extranjero.

PEPE (¡Caracoles!)

ENRIQ ¿Me seguirás?

PEPE Te seguiré... con el pensamiento; de otro modo me es imposible.

ENRIQ ¿Por qué?

PEPE ¡Ay, Enriqueta! El *deber* me obliga á quedarme.

MAT. Toma este retrato para que te acuerdes de mí. (Al mismo tiempo Enriqueta da otro á Pepe.)

MAN. Gracias; estás hermosísima. (Lo besa, y Pepe el otro.)

BONIF. (Mirando asustado.) (¿Eh? ¡Ah, es un papel!)

PEPE Sí, mi vida; ahora comprendo cuánto te amo.

ENRIQ. ¡Ay, Pepe! ¡Qué triste debe ser la ausencia!

PEPE ¡Tristísima!

ENRIQ Pero me quieres mucho, ¿verdad?

PEPE ¡Muchísimo!

ENRIQ. ¿Y me querrás siempre?

PEPE *¡Siemprísimo!*

ESCENA IX

DICHOS, DOÑA NIEVES, que aparece de pronto por el foro. Todos se levantan

NIEV. ¡Bien, muy bien! ¡Perfectamente!
BONIF. (¡Dios mío!)
MAN. Señora...
PEPE Señora doña Nieves...
NIEV. ¡Niñas, á arreglar los equipajes!
MAT. Ya están, mamá.
NIEV. Pues arreglarlos mejor.
MAT. Vamos.
ENRIQ. Vamos.
PEPE ¡Adiós! } (Rápidamente. Vanse las niñas.)
MAN. ¡Adiós! }

ESCENA X

DICHOS, menos MATILDE y ENRIQUETA

NIEV. (Por lo visto no les ha dicho nada...)
BONIF. (No me ha parecido oportuno.)
NIEV. (No tienes carácter. Yo lo haré.) Caballeros...
PEPE Señora...
NIEV. Ha llegado el momento de hablarles con entera franqueza.
MAN. (¿No te lo dije?)
PEPE (Calma, Manolo.)
NIEV. Ustedes habrán comprendido que nosotros, como padres... es decir, éste como padre y yo como madre de nuestras hijas... ¿comprenden ustedes?... ¡de nuestras hijas!... no podemos... mejor dicho, no debemos... es decir, no nos parece conveniente... (Pues, señor, no sé cómo decírselo.)
BONIF. (¿Lo ves? ¡Si no es tan fácil!)
NIEV. (Levantando la voz gradualmente.) Porque en una señora no están bien ciertas cosas; pero

en un hombre es distinto. Tú no tiene nada de particular que les digas á estos caballeros: «Yo no permito que continúen esas relaciones, que ni á mis hijas les convienen ni á mí tampoco.»

PEPE Señora...

NIEV. ¡Ah! ¿Se han enterado ustedes? Pues me alegro; así excuso el tener que decírselo.

BONIF. (¡Quisiera que la tierra me tragara!)

MAN. (¿Qué hacemos?)

PEPE (No te achiques, Manolo.) Señora... (Poniéndose por delante una silla á manera de tribuna.)

BONIF. (Discurso tenemos.)

PEPE Señora... (¡Déjame, hombre!) Mi amigo y yo hemos oído con sorpresa, con más que sorpresa, con asombro, las palabras que acaba usted de dirigirnos; palabras que nos han herido en lo más profundo de nuestra dignidad, y de cuya transcendencia usted, y sólo usted, será la responsable.

BONIF. ¡Bien!

NIEV. ¿Eh?

BONIF. No, nada.

PEPE Francamente, señora; nuestra conducta en esta casa no nos hace acreedores á que usted, en uso de un indiscutible derecho, pero no por indiscutible menos tiranico y abusivo, nos haga esa indicación inesperada, y que no me atrevo á calificar.

NIEV. (Imitando el tono oratorio de Pepe.) Ni hace falta tampoco.

BONIF. (Andale á esta con discursitos.)

PEPE (Acercándose á ella.) Pues bien, señora doña Nieves; podrá usted impedir que entremos en esta casa, que acompañemos á sus hijas, pero no podrá usted hacer que nos olviden. Porque nos quieren. (A Manolo.) ¿Verdad que nos quieren? Y nosotros las adoramos y estamos dispuestos á no renunciar á su amor por nada ni por nadie.

NIEV. ¿Pero tú oyes?

BONIF. Sí, ya lo oigo.

NIEV. ¡Es usted un insolente!

PEPE ¡Señora!

NIEV. ¡Vamos, hombre! ¿no ves que me faltan? (Haciéndole pasar de un empujón al medio.)

PEPE (Abrazándole.) Don Bonifacio piensa como nosotros.

BONIF. (Separándose.) A mí no me mezclen ustedes en este asunto.

NIEV. ¿Conque los apadrinas? ¿Conque tú los apoyas? ¿Conque... tú... les... a...? ¡Ay, el ataque!... (Cae con una convulsión sobre la silla.)

BONIF. ¡Por Dios, pónganse ustedes en salvo... que va á empezar el ataque!

PEPE Conste que no renunciamos á nuestro amor. (Apóyame, Manolo.)

MAN. ¡Eso es, que conste! (Vanse rápidamente.)

ESCENA XI

DOÑA NIEVES, desmayada, DON BONIFACIO, luego MANUEL

BONIF. ¡Nieves! ¡Nieves!... ¡Por María Santísima! Es claro. Está acostumbrada á hacer siempre su voluntad, y en cuanto alguien le lleva la contraria ya tenemos la pataleta. (Le hace aire con el sombrero de Manolo.)

MAN. Usted perdone; he cambiado el sombrero: ese es el mío.

BONIF. Es verdad. ¡Estoy trastornado! No lo extrañe usted. Esto no es vida. ¡Esta mujer me tiene frito!...

NIEV. ¿Conque frito, eh? (Levantándose de pronto y cogiéndole por detrás.)

MAN. ¡Caracoles! (Vase por el foro.)

BONIF. ¡María Santísima! ¡El ciclón se ha desencadenado! (Echa á correr al foro, abriendo el paraguas, sobre el que da un libro que le tira doña Nieves.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Habitación baja en una casa de campo. Puertas laterales: al foro derecha, ventana por la cual se ve el jardín. Al foro, en el centro, cama con colgaduras, que cierren bien. Mesita de noche.

ESCENA PRIMERA

MATILDE y ENRIQUETA sentadas á la izquierda, doña NIEVES arreglando varios papelitos, y DON BONIFACIO y COLÁS jugando á los naipes en el velador. Es de noche

ENRIQ. (¡Vaya una vida que vamos á hacer aquí! ¡Y era este nuestro viaje al extranjero!)

MAT. (¡Calla, tonta! Cuanto más cerca de Madrid, mejor. Así podremos con más facilidad avisar á Pepe y á Manolo, y no ha de faltar ocasión para alguna entrevista.)

ENRIQ. (Eso es lo único que me consuela.)

MAT. (Y que mamá, desengáñate, no ha de tardar en aburrirse.)

ENRIQ. (¡Sí, sí, aburrirse! ¿No ves lo ilusionada que está con la vida del campo? Tres horas hace que llegamos aquí, y no ha cesado de ponderar sus excelencias. Ahí la tienes tan entusiasmada preparando semillas para la huerta.)

COLÁS ¡Veinte en copas!

BONIF. Bueno, bueno.

COLÁS De ellas.

NIEV. (Leyendo los papelitos.) «Coles de Bruselas. Pimientos morrones. Lechugas de oreja de

mula.» Vamos á tener una hortaliza que será el asombro del Pacífico. En la huerta, cada uno de nosotros cultivará un cuadro y veremos quién tiene más disposición. Tú, Bonifacio, te encargarás de las patatas.

BONIF. Bueno; me las comeré.

NIEV. Matilde de los guisantes; Enriqueta de los espárragos.

MAT. (Eso de los espárragos, lo dice porque Pepe es delgado.)

NIEV. Y yo me encargaré de los pimientos.

BONIF. (¡Saldrán picantes!)

NIEV. ¡Qué cosecha vamos á tener! Ya estoy deseando que llegue la primavera.

MAT. (¡Dios mío! ¡La primavera!)

ENRIQ. (¿No te lo he dicho? ¡Esto va para largo!)

NIEV. Oye, Nicolás: aquí se darán bien las legumbres, porque estos terrenos parecen muy feraces.

COLÁS Sí, señora, son feroces.

NIEV. ¡Qué! ¿Hay plagas?

COLÁS Calle usted, señora, ¿qué ha de haber plagas? Aquí lo único que hay es el pulgón, las hormigas, las babosas y los caracoles...

BONIF. ¡Caracoles!

COLÁS ¡Por lo demás, hay cáa cosecha, que ya, ya! —¡Veinte en bastos! —Este año pasao hemos tenío espárragos que paecían palos de telégrafo; y melones, que el más pequeño era como la cabeza del señor.

BONIF. Gracias, hombre, gracias. —Oros.

COLÁS Me encarta.

BONIF. Vaya una brisca.

COLÁS ¡Pus tengo triunfo! (Dando un puñetazo sobre el velador.)

NIEV. ¡Ay! Este pedazo de bárbaro me ha mezclado todas las semillas. Siempre plantaremos lechugas y nos saldrán cebolletas. (Levantándose.)

COLÁS ¡Y las diez últimas! Me he salío.

BONIF. Basta de juego, que hoy no me ayuda la suerte. (Levantándose.)

NIEV. ¿Qué hora tienes, Bonifacio?

BONIF. Las once menos cuarto.

NIEV. ¿Ya? ¡Si es lo que yo digo! En el campo se va el tiempo en un soplo. Y eso que hemos llegado cuando ya era de noche; pero desde mañana veréis, veréis qué bién lo pasamos. Nos levantaremos muy tempranito; veremos la salida del sol...

BONIF. Si no está nublado.

NIEV. Naturalmente. Regaremos las plantas; tomaremos chocolate en el cenador...

BONIF. Pero mujer, un cenador no debe servir para desayunarse.

NIEV. Bueno; pues debajo del emparrado. Daremos después un paseo por la huerta hasta la hora de comer; luego una siestecita, y á hacer labor hasta la caída de la tarde. Entonces otro paseíto por la huerta; al anochecer á casa, á cenar á las nueve y en seguida á dormir. Me parece que el programa no puede ser más variado.

MAT. (Sí, muy variado.)

NIEV. ¡Ea! A acostarse todo el mundo. Las camas no han podido arreglarse, porque ya sabes que la ropa blanca se ha quedado olvidada en Madrid. Esta noche lo pasaremos de cualquier manera. En el campo todo está bien. Conque, hijas mías, á la cama; que descanséis, y yo os llamaré muy tempranito para que vengáis á echar de comer á las gallinas. (Dándoles una palmatoria que habrá sobre la mesa de noche.)

MAT. (¡A las gallinas! ¡Si al menos fueran pollos!...)

ENRIQ. Buenas noches.

MAT. Hasta mañana.

BONIF. Adiós, hijas mías. (Vanse Enriqueta y Matilde primera izquierda.)

NIEV. Adios, Bonifacio. (Muy cariñosa.) ¡Que pases buena noche¡ ¡Que duermas bien!... (Vase doña Nieves primera derecha, llevándose la palmatoria que habrá sobre el velador, después de encender otra, que dejará sobre la mesa de noche.)

ESCENA II

DON BONIFACIO y COLÁS

BONIF. ¡Qué cariñosa está mi mujer! Los aires del campo han dulcificado su carácter. Al menos esto vamos ganando. Voy á cerrar la puerta del jardín. (Vase segunda puerta derecha.)

COLÁS En cuanto que tóos estén dormíos me largo á rondar á mi novia. Entoavía no sabe que estoy sirviendo en esta casa, y si no me ve esta noche, va á sospechar cualisquiera cosa.

BONIF. (Entrando.) Así: en el campo toda precaución es poca. He dado dos vueltas á la llave, he corrido el cerrojo y he puesto la tranca. (Descorre las colgaduras de la cama.)

COLÁS Hace usté bien, porque en estos alrededores hay mu mala gente.

BONIF. Sí, ¿eh?

COLÁS Siempre anda en danza la justicia.

BONIF. Sí, ¿eh?

COLÁS Sí, señor; apenas pasa día sin que haiga algún robo ó alguna muerte.

BONIF. Sí, ¿eh? ¡Y lo llaman el barrio del Pacífico!

COLÁS La otra noche sorprendieron á una familia que vive ahí cerca, y al ver que no tenía dinero en la casa, se llevaron en prenda á la mujer.

BONIF. A la mujer, ¿eh? (Muy alegre.)

COLÁS Sí, señor; y al marío.

BONIF. ¡Ah!

COLÁS Y si no aprontan dos mil duros, entoavía me los tienen por allá. Yo creí que usted lo sabía: ¡pus si lo han traío tóos los papeles!

BONIF. ¿Qué había yo de saber? ¿Pues te parece á tí que si hubiera llegado á mi noticia, vengo á vivir á esta casa?

COLÁS Lo que es por eso, estando yo aquí, pué usted vivir desconfiao.

BONIF. ¿Eh?

COLÁS Al primero que piense en entrar, le descerrajo un tiro.

BONIF. ¡Ojalá no sea preciso llegar á esos extremos! (Suena un ladrido fuerte y algo lejano.) ¿Eh? ¿Qué es eso? ¿Has oído?

COLÁS Sí, señor; es un perro que ladra.

BONIF. Pero, ¿por qué ladra ese perro?

COLÁS ¡Toma, qué sé yo!

BONIF. Eso es que anda gente por ahí.

COLÁS No lo crea usted. En fin, veremos. (Dirigiéndose á la ventana.)

BONIF. No, no abras.

COLÁS No tenga usté cuidao. (Abre la ventana.) ¿Lo ve usté? Ya no se oye naa.

BONIF. (Mirando por la ventana.) ¡Canastos! ¡Qué triste es el campo á estas horas!

COLÁS ¡Ya, ya! Está la noche oscura como boca de lobo.

BONIF. Hombre, yo no sé por qué no habían de poner alumbrado en el campo. ¡Cosas de España! Esto es un abandono de los Municipios. (Ladridos.) ¿Eh? Ya vuelve á ladrar el perro. (Cierra la ventana.) Por más que tú digas, yo estoy intranquillo; esta noche no me acuesto.

COLÁS (Pus me ha fastidiao.)

BONIF. Jugaremos un tute hasta la madrugada.

COLÁS No, señor. ¡Quite usté de ahí! ¡Pus no faltaba otra cosa! ¿Tié usté miedo?

BONIF. Hombre, miedo precisamente, sí: digo, no; pero...

COLÁS ¡Náa, náa, á acostarse que aquí quedo yo! Pué usté dormir sosegao. Por si acaso, aquí tengo la escopeta cargá. (Cogiendo la escopeta.)

BONIF. ¡Canastos! ¡Ten cuidado, no apuntes hacia aquí!

COLÁS ¿Qué, tié usté miedo á las armas de fuego?

BONIF. Más que á los ladrones. Yo no sé manejar otra arma de fuego que la badila.

COLÁS Lo que puedo hacer, si usté quiere, y pa mayor seguridad, es salirme al jardín y rondar la casa toa la noche. (Así podré largarme.)

BONIF. No, eso no. Te he traído para que estés dentro de casa, á mi lado. Y se me ocurre una cosa muy conveniente. Para que yo pueda

reposar tranquilo, tú dormirás de día, y las noches las pasarás ahí, al lado de mi cama.

COLÁS Como usté quiera. Pué usté dormir á pierna suelta, que yo de aquí no me muevo.

BONIF. Tienes razón. Me acostaré, porque ya me va entrando sueño. Dame esa capa para echármela encima. (Se acuesta después de bostezar repetidas veces, en lo que le imita ruidosamente Colás, que le abriga con la capa.)

COLÁS ¡Ajajá! A ver si duerme usté de un tirón hasta las seis de la mañana. Yo aquí me siento.

BONIF. ¡Cuidado!

COLÁS ¿Qué?

BONIF. No te se vaya á escapar el tiro.

COLÁS ¡Quiá! Si la tengo en el seguro.

BONIF. Eso es lo más seguro. Vaya, buenas noches.

COLÁS Que usté descanse. Pobre señor. Tié más miedo que vergüenza ¡Claro! Como que se ha creído todas esas cosas que yo le he inventao pa asustarle y pa que me crea necesario, y pa que me dé mayor soldá... Por lo demás, qué ha de haber por aquí mala gente, si somos tóos más buenos que el pan... que el pan bueno. La verdá es que ha sido una ganga el encontrar esta colocación, y en cuanto que tenga algunos ahorrillos, me caso con mi novia y se acabó ¿Qué estará diciendo de mí á estas horas, al ver que no he dío como siempre á plantarme enfrente de su casa y echarla un par de coplas? Y hoy he de sacarla una nueva respective al caso. (Canturreando con música de jota.)

Aquí tienes á tu novio
que ha venío retrasao,
porque ha tenío que hacer
en casa de unos señores.

No; esto no cae en copla. A ver, á ver...

Aquí tienes á tu novio
que ha venío retrasao,
porque ha tenío que hacer
en la casa donde ha entrao...

á servir. Esto ya se lo explicaré sin música... El amo ya empieza á dar resoplíos y no tarda dos menutos en estar como un tronco. (Ronquido.) ¿Eh, no lo dije? Ya lo tié cogío lo menos pa hasta que amanezga. (Levantándose.) Dejaré aquí el arma y cogeré la vihuela. (Sale un momento por la segunda izquierda y vuelve con la guitarra.) Vaya, vaya, descansar y diquiá luego. (Apaga la luz y corre las cortinas de la cama. Vase sigilosamente por la segunda derecha, volviendo á entrar al momento. Ronquidos.) Está cerrao, y, por lo visto, se ha guardao la llave. No importa, saltaré por la ventana. (Abre la ventana y salta.) ¿Se me habrá olvidao la copla? (Recordando.) Que ha venío retrasao. Perfectamente. ¡Y mal templáa que llevo hoy la vihuela! (Se descuelga cantando.)

ESCENA III

DON BONIFACIO en la cama, ronca diferentes veces en variados y caprichosos tonos; luego DOÑA NIEVES con peinador blanco y una palmatoria

NIEV. Nada, por más vueltas que he dado en la cama no me ha sido posible conciliar el sueño. ¡Esto es la debilidad! Como acostumbro á atomar algo siempre á la salida del teatro... Voy á la cocina, y, sin molestar á nadie, haré mi chocolatito y me lo tomaré tranquilamente. (Ronquido fuerte.) ¡Cómo duerme Bonifacio! ¡Qué manera de roncar tan ordinaria! ¡No lo puedo sufrir! Por eso dormimos separados. Pero, dichoso él, que al menos ha podido coger el sueño. En esa maldita alcoba hay una plaga de mosquitos que cantan sin cesar. Esto no es casa, es un orfeón. Hay sobre todo uno, con voz de barítono... ¡piii, piii, que me ha puesto nerviosa! ¡Ea, me voy á la cocina! (Vase segunda izquierda.)

ESCENA IV

DON BONIFACIO dormido. A poco PEPE, que aparece en la ventana y tras él MANUEL

PEPE ¡Arriba, Manolo!... Ya estamos en nuestro domicilio. (Cantando.) *Salve, dinora, casta é pura.* (Transición.) Dame la vela.

MAN. No cantes, Pepe, por Dios.

PEPE Pero, ¿por qué?

MAN. Porque estoy escamado.

PEPE ¿De qué? Saca un fosfóro.

MAN. No encendamos luz.

PEPE ¿Por qué razón? Trae las cerillas. (Enciende.)

MAN. Extraño muchísimo que el jardinero no esté en su caseta.

PEPE Eso no tiene nada de particular; ya sabes que algunas noches ha pasado lo mismo... siempre que tiene que ir á Vallecas.

MAN. Sí, pero nos ha dejado la llave de la casa debajo de la puerta, y está noche no está.

PEPE Se le habrá olvidado. No seas tímido. La cortedad te mata, te asesina, te inutiliza para todo. (Enciende un fósforo y con él el cabo de vela que le da Manolo, y que coloca sobre el velador.) Hoy cenaremos opíparamente: es preciso que nos despidamos de esta casa de una manera digna. Hospitalario albergue que nos has cobijado en las noches de nuestra desgracia... yo te bendigo. Te bendigo, pero te abandono.

MAN. ¡Gracias á Dios!

PEPE Sí; gracias á Dios y al director del periódico, que ha tenido la feliz idea de hacerse ministerial y de proporcionarnos un par de credenciales que nos aseguran una existencia tranquila... mientras esté tranquilo el Ministerio.

MAN. Que lo estará mucho tiempo.

PEPE Ya se te conoce que eres de la situación. Pongamos la mesa. El mantel. (Saca del bolsillo un periódico que le sirve de mantel.) Los cubiertos. (Colocan dos navajas) Así. Venga el ja-

món en dulce. Vengan los panecillos. Saca la botella: Pedro Jiménez. ¡Qué buena persona es Pedro Jiménez! (Manolo va sacando de los bolsillos todo lo que le pide Pepe y colocándolo sobre la mesa; Pepe destapa la botella y bebe.)

MAN. Y que no me falta apetito.

PEPE Eso es lo único que nunca nos ha faltado. (Se sientan y comen.) ¡Soberbio jamón!

MAN. ¡Excelente!

PEPE ¡Excelentísimo! ¡Merece la gran cruz!

MAN. Pepito, desde mañana, vida nueva.

PEPE Sí, todo nuevo; hasta la ropa.

MAN. Seremos un modelo de empleados: á la oficina con toda puntualidad. No pienso faltar ni un solo día.

PEPE Yo tampoco; ni un solo día... último de mes. —¿A cuántos estamos?

MAN. A cuatro.

PEPE ¡Dios mío! ¡Qué lejos está la nómina! ¡Cuánto tiempo falta todavía para ofrecer nuestros respetos al respetable habilitado!

MAN. Con qué gusto cobraremos todos los meses... Dí, ¿cuánto cobraremos?

PEPE Ahora te lo diré. (Saca un lápiz.) Tenemos, mejor dicho, tendremos ocho mil reales al año cada uno. (Escribiendo en el periódico que sirve de mantel y comiendo al mismo tiempo. Manolo coge la botella y bebe. Pepe se la quita y la tapa con el cabo de vela.) Ocho mil entre doce meses, dan un cociente de seiscientos sesenta y seis reales con sesenta y seis céntimos.

MAN. ¡Hermoso cociente!

PEPE Que divididos á su vez por treinta, dan un diario de... veintidós reales con veintidós céntimos.

MAN. Los cuales divididos entre veinticuatro horas que tiene el día...

PEPE No, porque no trabajaremos las veinticuatro horas. Suponiendo que trabajemos dos—y es mucho suponer—resultará que cada hora ganaremos... once reales y once céntimos.

MAN. Cerca de tres pesetas por hora.

PEPE Ya ves; más que un simón. Once reales por hora: el día tiene veinticuatro, luego son... doscientos setenta y cuatro reales diarios.

MAN. Hombre, no puede ser.

PEPE ¡Ah! Sí, tienes razón; me había confundido. Basta de matemáticas. Lo cierto es que contamos con un sueldo decente: que podremos vivir.

MAN. Y pagar á todo el mundo.

PEPE No exageres; á casi todo.

MAN. ¡Con qué placer recibirán Matilde y Enriqueta la noticia de nuestra nueva posición! ¡Pobrecitas! ¿Dónde estarán á estas horas?

PEPE ¿A estas horas? Cerca de Avila.

MAN. ¿Cuándo volveremos á vernos para no separarnos nunca? ¡Ay, qué amarga es la ausencia!

PEPE ¡Sí; qué amarga es la ausencia... y qué dulce es el jamón! Brindemos, Manolo. (Levantando la botella.) ¡Al pronto regreso de nuestras futuras esposas, y á la eterna ausencia de nuestra mamá política! Choca.

MAN. ¿Con qué?

PEPE Es verdad: no choques. (Bebe.)

MAN. Bueno, pero beberé sin chocar. (Cogiendo la botella. Después de beber Manolo, Pepe vuelve á colocar el cabo de vela á modo de tapón.)

PEPE Ahora, el postre. (Sacando el retrato y besándolo.) No hay postre más delicioso... ni más barato.

MAN. Es verdad. (Haciendo lo mismo que Pepe.) Vaya, hasta mañana, que es muy tarde.

PEPE Tienes razón, acostémonos. (Manolo enciende otro cabo de vela que saca del bolsillo.)

MAN. ¡Adiós, oficial quinto de la clase de cuartos!

PEPE Adiós, oficial cuarto del negociado de quintas.

MAN. ¡Que duermas bien!

PEPE ¡Que descanses! (Estornudo de don Bonifacio.)

MAN. ¡Jesús!

PEPE ¡Jesús! (Manolo entra por la primera derecha.)

ESCENA V

PEPE, luego MANOLO

PEPE ¡Qué bien voy á dormir! Lo único que siento abandonar, es esta mullida cama. De se-

guro no será tan blanda la que me den en casa de la patrona. Pero no hay remedio; menos blandura y más tranquilidad. Esta noche no tendré pesadillas. (Se ha quitado el chaquet que deja sobre el respaldo de la silla, y el chaleco sobre el asiento. Apaga la luz y abre los cortinajes de la cama. Don Bonifacio se vuelve roncando.) ¡Canario! ¡¡Un hombre!!

MAN. (Saliendo y en voz muy baja.) ¡Pepe! Estamos perdidos.

PEPE ¡Silencio! ¡Apaga la luz! (Obscuro.)

MAN. ¡Hay gente en la casa!

PEPE Ya lo sé.

MAN. ¡Sobre mi cama he encontrado un vestido de señora!

PEPE Y yo sobre la mía un caballero. (Poniéndose el chaquet.)

MAN. ¡Eso es más grave!

PEPE Sin duda son nuevos inquilinos. Huyamos, no vayan á sorprendernos. (Se pone el chaleco sobre el chaquet.)

MAN. ¡A escape!

PEPE ¡Mi sombrero! Espera... Aquí está. (Lo coge y se lo pone. Van sigilosamente hacia la ventana y derriban la silla próxima á la cama.)

BONIF. ¡Eh! ¿Qué es eso? (Despertando.) ¿Quién anda ahí? ¿Por qué habrá apagado la luz? ¡Si se habrá dormido! (Manolo y Pepe llegan á la ventana.)

PEPE (Va á saltar y retrocede.) ¡María Santísima!

MAN. ¿Qué?

PEPE ¡Un hombre ha saltado por la tapia! ¡Ven por aquí!... (Tropiezan con don Bonifacio, á quien coge Pepe por una pierna.)

BONIF. (Saltando de la cama.) ¡Eh! ¿Quién?... ¿Quién?... ¡Ladrones! (Vanse segunda izquierda, Pepe y Manolo.) ¡Favor!

ESCENA VI

DON BONIFACIO; luego COLÁS

BONIF. ¡Socorro! (Yendo á la ventana y encontrándose con Colás, que sube por ella.) ¡Dios mío! (Retrocediendo asustado.)

COLÁS ¡Eh! ¿Qué es eso?

BONIF. ¡Ah! ¿Eres tú? ¿De dónde vienes?

COLÁS Pus... de dar una vuelta por el jardín. (Ocultando detrás la guitarra.)

BONIF. ¡Aquí había gente! He oído hablar á dos hombres.

COLÁS No pué ser. Estaría usté soñando.

BONIF. No, no era sueño. Estoy seguro. Enciende un fósforo.

COLÁS (Que no vea la guitarra.) (La pone sobre la cama, corriendo las cortinas.)

BONIF. (¡Si habrá sido una pesadilla!) ¡Pronto, hombre; luz, luz! (Enciende Colás un fósforo.)

COLÁS ¡Vaya, tóo ello habrá sío puro miedo! (Enciende la bujía que hay sobre la mesa de noche.)

BONIF. (Teniendo á éste aquí ya estoy tranquilo.)

COLÁS ¿Ve usté, ve usté cómo no hay naide?

BONIF. Pues es verdad, es verdad. Tiene razón. (Mirando con precaución debajo de la cama.) ¡No hay nadie!

COLÁS Ya veo que es usté muy *pusilámine*.

BONIF. ¡Jé, jé, jé! (Riéndose.) ¡Pero, hombre, qué cosas hace ver el miedo! ¡Juraría que había tropezado con dos hombres, y que uno de ellos me había cogido por una pierna!... ¡Jé, jé, jé!

COLÁS Estando yo aquí no hay cuidao.

BONIF. Es que como tú no estabas... ¿A dónde habías ido?

COLÁS Pus... le diré á usté.. Yo... me pareció oir hacia el jardín...

BONIF. ¿Qué?

COLÁS No, si luego resultó que no había náa... Pero como me encontré atrancá la puerta.. por no despertarle á usté salí por la ventana.

BONIF. ¡Pues, amigo, me he llevado un susto horroroso! En fin, ya me has tranquilizado completamente. (Volviéndose y viendo la mesa.) ¡Eh! ¿Qué es esto? (Aterrado.)

COLÁS ¿Qué?

BONIF. ¿Has cenado tú aquí?

COLÁS ¿Yo? No, señor. (Atemorizado.)

BONIF. Una botella... restos de panecillos... dos navajas..

COLÁS (¡Dios mío de mi alma! ¡Pues es verdad!)

BONIF. ¡Colás! ¿Qué es esto?
COLÁS ¡Ay, señor, no lo sé! (Temblando.)
NIEV. (Dentro.) ¡Socorro! ¡Ladrones!
BONIF. ¡Es mi mujer!
COLÁS (¡Madre mía del Amparo!)

ESCENA VII

DICHOS, DOÑA NIEVES, aterrada, por la segunda izquierda

NIEV. ¡Ay, Bonifacio! ¡Ay, Bonifacio! (Colocándose entre don Bonifacio y Colás.)
BONIF. ¿Qué es lo que hay?..
NIEV. ¡Ladrones!
BONIF. ¡Ya lo sé!
NIEV. ¡Al salir de la cocina he visto dos que se ocultaban!...
BONIF. ¡Y yo aquí he visto otros dos!
COLÁS (¡Pus ya son cuatro!)
NIEV. ¿Y las niñas? ¿Dónde están las niñas?
BONIF. ¡Yo no lo sé! Llamémoslas.

ESCENA VIII

DICHOS, MATILDE, ENRIQUETA, con la palmatoria, que dejarán sobre la mesa de noche

MAT. ¡Papá!
ENRIQ ¡Mamá!
BONIF. ¡Venid acá, hijas mías!
MAT. ¡Nos han despertado vuestros gritos, y por la puerta que da al pasillo hemos visto correr dos hombres!...
COLÁS (¡Pus ya son seis!)
ENRIQ ¡Ay, papá!... ¡Yo tengo mucho miedo!
BONIF. (¡A quién se lo cuenta!) Tranquilízate... ¡Tranquilicémonos!... Colás... coge la escopeta y... registra la casa.
COLÁS ¡Quiá! ¡No, señor!...
BONIF. ¿Cómo?
COLÁS Yo no los dejo á ustedes solos.
BONIF. Tienes razón: aunque el miedo sea muy grande, estando todos juntos parece que to-

camos á menos. ¿Qué es eso? ¿Estás temblando?

COLÁS ¿Yo? ¡Cá! ¡No, señor! Lo que es que como tengo este geniazo así tan... Vamos, que por mi gusto haría una barbaridad.

BONIF. No, hijo mío, no, prudencia. En estos casos vale más la prudencia que el valor. Ante todo, evitemos que nos encuentren. Cerremos esta puerta. Ellos estarán por ahí... Incomuniquémonos. (Va hacia la puerta y se vuelve.) Ciérrala tú, Colás.

COLÁS (Acercándose con precaución, cierra la segunda izquierda.) Ya está.

BONIF. Así, perfectamente.

NIEV. Y ahora, ¿qué hacemos?

BONIF. Ahora... No lo sé.

NIEV. Es preciso tomar una determinación.

BONIF. Yo creo que lo mejor es encerrarnos en la habitación que juzguemos más segura.

MAT. ¡Sí, papá, sí!

NIEV. Me parece bien.

MAT. En el comedor.

BONIF. No; que está por ese lado.

MAT. En el despacho.

NIEV. Tampoco es buen sitio.

ENRIQ. Pues en el gabinete de arriba.

NIEV. Es poco seguro.

BONIF. Ya sé dónde. (Habla al oído á doña Nieves.)

NIEV. No: allí no cabemos todos.

COLÁS Yo, con permiso de ustedes, creo que lo más conveniente es pedir auxilio.

BONIF. ¿Pero á quién?

COLÁS Por ahí cerca pasa todas las noches la pareja de ceviles. Me voy á la ventana del correor largo que da sobre la carretera y gritaré á ver si me oyen. (Así me escurro.)

BONIF. No, eso no. No debemos dejarte solo. ¡Tú no te vas de aquí!

NIEV. Vé tú, Bonifacio.

BONIF. ¿Yo? No. Yo no os dejo solos.—Lo único que hay que hacer es gritar: para eso nadie como tú.

NIEV. Pues acompañáme, y que Colás se quede aquí guardando esa puerta y al cuidado de

las niñas. No perdamos tiempo, vamos. (Coge una de las dos palmatorias.)

BONIF. Vamos. ¡A qué rasgos de valor obliga el ser padre de familia! ¡Ay! (Dando un grito de terror de pronto y deteniéndose. Después se tranquiliza.) Pasa, pasa. (A Nieves.)

NIEV. No, tú.

ENRIQ. Las señoras delante. (Vanse segunda derecha.)

ESCENA IX

MATILDE, ENRIQUETA y COLÁS

ENRIQ. ¡Ay, Matilde! Yo estoy muerta de miedo.

MAT. Y yo.

COLÁS (Y yo.)

MAT. ¡Dios mío! Ahora me ocurre...

ENRIQ. ¿Qué?

MAT. Que nuestro dormitorio comunica con el pasillo y no hemos cerrado la puerta.

ENRIQ. ¡Es verdad! Colás, ciérrela usted en seguida.

COLÁS ¿Yo? Pues alúmbrenme ustedes. (Cogen la palmatoria y van poco á poco hacia la puerta primera izquierda.) ¡Ay, María Santísima!

MAT.
ENRIQ } ¿Qué?

COLÁS ¡Que vienen! (Retroceden aterrados.)

MAT. (¡Virgen del Amparo!)

ENRIQ (Dios nos socorra.) (Se cae la luz de la palmatoria y quedan á obscuras. Colás se mete por detrás de la cama, y Matilde y Enriqueta se quedan juntas y llenas de terror. Pausa corta.)

ESCENA X

DICHOS, PEPE y MANOLO, que entran sigilosamente por la primera puerta izquierda

MAN. No se oye nada.

PEPE Estoy desorientado. ¿Qué habitación será esta?

MAN. No lo sé. Avancemos.

PEPE No hagas ruido. (Llegan á la cama, y, palpando,

tocan las cuerdas de la guitarra, que suenan.) ¿Eh? (Retroceden asustados.)

MAT. }
ENRIQ. } ¡Ay!

MAN. ¿Qué ha sido eso?

PEPE Un arpa. No vamos á acertar con la salida. Encenderé un fósforo. (Saca una caja de fósforos y enciende uno.)

MAT. }
ENRIQ. } ¡Ay!

MAN. ¡Matilde! }
PEPE ¡Enriqueta! }
ENRIQ ¡Pepe! } (Casi simultáneo)
MAT. ¡Manolo! }

(Se les apaga el fósforo y encienden otro.) ¡Ellos aquí! ¿Qué es esto?

PEPE (¿Has visto qué casualidad?) (A Manolo.)

ENRIQ ¿Pero sabíais que estábamos aquí?

PEPE Sí. ¡Vaya si lo sabíamos!

MAN. (¡Pues no dice que lo sabíamos!) (Enriqueta enciende en el fósforo de Pepe la bujía que estará en el suelo.)

PEPE Por eso hemos venido, para convencernos... Nos lo aseguraron y lo dudábamos... Como nos dijísteis que os íbais al extranjero...

MAT. Fué un ardid de mamá para que no pudiéramos avisaros.

PEPE ¡Ya!

MAT. Y estábamos aterradas creyendo que había ladrones. .

PEPE Pues tranquilízate, porque no hay más ladrones que nosotros.

COLÁS (Asomando la cabeza por debajo de la cama.) ¿De veras?

PEPE }
MAN. } ¿Eh? ¡Ay! (Retrocediendo.)

MAT. Es el criado.

PEPE ¡Ah! ¡Vamos!

COLÁS (Saliendo.) (¡Pues si yo sé que no eran ladrones maldito si me asusto!)

MAT. Es indisculpable vuestro atrevimiento. Marchaos inmediatamente antes de que papá ó mamá sepan que érais vosotros.

ENRIQ. Sí, sí; marchaos.

PEPE ¿Y dónde están?

MAT. Se han ido aterrados á pedir socorro desde la ventana que da á la carretera... ¡Si creen que la casa está llena de bandidos!

PEPE ¡Oh! ¡Qué idea! (Medita.)

COLÁS ¡Ya, ya; se han llevao un susto!... ¡Si esta gente de Madrid se acoquina por náa!

PEPE Es una buena idea. ¿No habéis visto *Las citas á media noche?*

MAT. ¿Qué citas?

PEPE Una comedia que se llama así. Sus personajes se encuentran en situación parecida á la nuestra. Empleemos sus mismos recursos. Ayudadnos todos y seremos felices. Aquí no ha pasado nada. No nos habéis visto, seguís tan asustados como antes. Los ladrones están por allá dentro. Tú tampoco nos has visto. (A Colás.) ¡Vamos, Manolo!

MAT. ¡Alguien viene!

PEPE ¡Pronto, anda! (Saltan por la ventana.)

ENRIQ. ¡Pues, señor, no lo entiendo!

ESCENA XI

DICHOS, menos MANOLO y PEPE, y luego DOÑA NIEVES y DON BONIFACIO

MAT. Pero, ¿qué es esto?

ENRIQ. ¡Yo estoy aturdida!

COLÁS ¡Yo estoy como atontao!

BONIF. ¿Ha ocurrido algo?

NIEV. ¿Hay alguna novedad?

MAT. No... ninguna.

BONIF. Pues nosotros en balde hemos gritado con toda la fuerza de nuestros pulmones. Nadie nos ha oído.

COLÁS ¡Jé, jé! Qué asustaos están ustés.

BONIF. Envidio el valor de este hombre.

PEPE (Gritando desde el jardín.) ¡Don Bonifacio!

BONIF. ¿Eh?

PEPE / MAN. (Dentro.) ¡Don Bonifacio! ¡Doña Nieves!

NIEV. ¿Quién llama?

BONIF. Yo conozco esas voces.

PEPE (Idem.) ¡Don Bonifacio!

BONIF. ¡Si son García y Fernández?

NIEV. ¿Cómo?

MAT. ¿Es posible? (¡Asómbrate, mujer!) (A Enriqueta.)

NIEV. Pero, ¿cómo han sabido? ¿A qué vienen?

BONIF. Dejémonos de averiguaciones. Cuanta más gente haya en la casa, mejor. Allá van á abrir la puerta. (Asomándose á la ventana.) Colás, toma la llave y que entren. (Vase Colás con la llave por la segunda derecha.)

NIEV. ¡Pero, Bonifacio!...

BONIF. Calla, mujer, calla. ¡Ojalá vinieran, no digo yo esos, sino todos nuestros conocidos! ¡Por aquí, por aquí!

NIEV. (La verdad es que ahora pueden sernos útiles.)

ENRIQ. (¿Qué habrán proyectado?)

MAT. (Ya lo veremos.)

ESCENA XII

DICHOS, MANOLO y PEPE, seguidos de COLÁS

PEPE ¡Don Bonifacio! ¡Doña Nieves! ¿Qué ocurre aquí? ¿Qué pasa?

BONIF. ¡Ay, don Manuel!... ¡Ay, don Pepito!.. ¡Qué oportunamente llegan ustedes! (Abrazándolos.)

PEPE ¡La Providencia nos ha traído! Ya les creíamos camino del extranjero, cuando nos aseguran que estaban ustedes aquí. Lo dudamos, queremos convencernos y venimos. Los gritos de ustedes pidiendo socorro nos alarman; al mismo tiempo vemos que varios hombres escalan los balcones de ese lado...

MAN. ¡Diez ó doce lo menos!

BONIF. ¿Es posible?

PEPE Y, decididos á todo, saltamos la tapia del jardín y aquí nos tienen ustedes.

NIEV. (Ya no me parecen tan antipáticos.)

BONIF. Gracias, mil gracias. (Volviendo á abrazarle.) Pues sí, estamos en peligro; hay ladrones en la casa...

PEPE — Tranquilícense ustedes: felizmente hemos llegado á tiempo. Sabremos exponer nuestras vidas. Registremos la casa; no hay tiempo que perder. Vamos, Manolo, que el criado nos acompañe. (*Colás coge la escopeta.*) Usted no, don Bonifacio.

BONIF. — No; si yo no pensaba...

PEPE — Bien hecho; un padre de familia se debe... á su familia. Los tres bastaremos para intimidar á los malhechores.

COLÁS — ¡Pus claro! Como á mí me hubieran dejao...

NIEV. — (Me van siendo hasta simpáticos.)

PEPE — Vamos. Si tuviéramos alguna otra arma...

BONIF. — En toda la casa no hay más que esas dos navajas que se han dejado ahí...

PEPE — ¡Ah! ¡Son suyas! Toma, Manolo. Los combatiremos con sus propias armas. Andando.

BONIF. — ¡Por Dios, vayan ustedes con precaución, no tengamos que lamentar alguna desgracia! (*Vanse los tres con aire resuelto por la segunda izquierda.*)

NIEV. — Sí, por Dios. La verdad es que son muy simpáticos.

ESCENA XIII

DICHOS, menos PEPE, MANOLO y COLÁS

ENR. — (¿Has oído, Matilde?)

MAT. — (Sí, pero asústate: ¡estás hablando tan serena mientras los pobrecitos han ido á exponer sus vidas!)

ENR. — (¿Pero es cierto?)

MAT. — (¡Calla, tonta!)

BONIF. — (*Acercándose todos con cierta precaución á la puerta.*) No se oye nada.

NIEV. — Nada.

BONIF. — Todavía no han dado con ellos. (*Ruido espantoso como de un aparador que cae.*)

TODOS — ¡Ay!

BONIF. — ¡Jesús!

NIEV. — ¡Dios mío!

BONIF. / NIEV. ¿Qué habrá sido eso? (Retroceden espantados hasta el extremo de la escena. En todos los personajes, y principalmente en don Bonifacio, el terror llega en este momento á su colmo.)

MAT. (¿Si habrá ladrones de veras?)

ENR. (Ya estoy asustada.) (Suena un tiro.)

MAT. ¡Ay!

ENR. ¡Jesús!

NIEV. ¡María Santísima!

BONIF. Creo en Dios Padre... (Pausa.) ¿Oyes algo? (Con el aliento.)

NIEV. Yo no.

MAT. Ni yo.

ENR. Ni yo tampoco.

NIEV. ¡Vienen corriendo!

BONIF. ¡Si serán los otros!

NIEV. Escapemos por si acaso. (Van á salir por la derecha cuando aparece Pepe.)

ESCENA FINAL

TODOS

PEPE Deténganse ustedes. Losladrones han huído.

BONIF. ¿De veras? ¿Ha muerto alguno?

MAN. No.

COLÁS Muerto, no; pero uno por lo menos, me parece que va herío.

MAT. (A Pepe.) (¿Qué ruido fué aquel?)

PEPE (En aras de vuestro amor hemos sacrificado toda la vajilla.)

MAN. (¡Y yo que no había roto un plato en mi vida!)

BONIF. ¡Ah, gracias, gracias, jóvenes generosos!

PEPE Hemos cumplido con nuestro deber. Ahora, retirémonos, Manolo.

BONIF. ¡Cómo! ¿Se van ustedes?

PEPE No debemos olvidar que doña Nieves ve con disgusto nuestra presencia. Adiós, don Bonifacio. Lo que hemos hecho no merece siquiera gratitud. Olvídennos ustedes, ya que nosotros no podremos olvidarles nunca.

Adiós. (Conmoviéndose gradualmente hasta casi llorar.)

BONIF. Vamos, yo no puedo oir estas cosas sin conmoverme. (Sacando el pañuelo: todos hacen lo mismo.) Detenlos, mujer.

NIEV. Manolito, Pepito... No se vayan ustedes.

PEPE ¡Ah, señora! Enriqueta, Matilde, arrojaos á los pies de vuestra cariñosa mamá. ¡Ah, doña Nieves! ¡Ah, don Bonifacio! Anda, Manolo, abracemos á nuestros futuros padres. (Manolo abraza como distraído á Matilde.)

NIEV. (Vaya, este se lo dice todo.) Pero, señores, no se precipiten. Sepamos antes con qué cuentan...

PEPE Tenemos estas credenciales con que hoy nos ha favorecido el ministro.

BONIF. ¡Cómo! ¿Aceptó usted al fin la Secretaría de Embajada? Bien hecho.

PEPE No, señor; por no separarnos de ustedes, hemos preferido en Madrid unos destinos modestos. Tenemos diez y seis mil reales.

BONIF. ¡Hola!

PEPE (Ocho mil cada uno.)

MAN. ¡Sí, señor; hemos logrado meter la cabeza en una Dirección!

PEPE ¿La cabeza? Hemos metido todo el cuerpo.

BONIF. Pues, nada, nada, esta noche ya no salen ustedes de aquí; pudieran encontrarse en la carretera con los malhechores... (ó pudiera haberse quedado alguno escondido en la casa...) Mañana mismo todos á Madrid. (Al público.)

La comedia ha terminado;
grande mi temor ha sido,
mas todo lo que ha pasado
lo doy por bien empleado,
si ustedes se han divertido.

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS EN COLABORACIÓN DE LOS MISMOS AUTORES

La viuda del zurrador, parodia en un acto y en verso.

Periquito, zarzuela cómica en tres actos, en prosa y verso, escrita sobre un pensamiento francés, música del maestro Rubio.

La ocasión la pintan calva, comedia en un acto y en prosa, imitada del francés. (Tercera edición.)

¡Adiós, Madrid!, boceto de costumbres madrileñas, en tres actos, en verso y prosa, original.

¡Adiós, Madrid!, refundida en dos actos.

De tiros largos, juguete cómico, arreglo del italiano, en un acto y en prosa. (Quinta edición.)

La primera cura, comedia en tres actos y en verso, original.

La primera cura, refundida en dos actos.

La calandria, juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Quinta edición.)

El hijo de la nieve, novela cómico-dramática, en tres actos, en prosa y verso, original.

Robo en despoblado, comedia de gracioso en dos actos y en prosa, original. (Tercera edición.)

La almoneda del 3.º, comedia en dos actos, original y en prosa.

Coro de señoras, pasillo cómico-lírico, original, en un acto y en prosa, música del maestro Nieto. (Tercera edición.)

Los lobos marinos, zarzuela cómica en dos actos y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Tercera edición.)

El padrón municipal, juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Quinta edición.)

El señor gobernador, comedia en dos actos y en prosa, original. (Quinta edición.)

El rey que rabió, zarzuela cómica, original, en tres actos, en prosa y verso, música del maestro Chapí. (Octava edición.)

El oso muerto, comedia en dos actos y en prosa. original. (Tercera edición.)

Zaragüeta, comedia en dos actos y en prosa, original. (Quinta edición.)

Los lobos marinos, zarzuela cómica refundida en un acto do cuadros, en prosa, original, música del maestro Chapí.